

SIXTO PAZ WELLS

EL SALON DE LOS ESPEJOS

El año mil novecientos noventa y nueve
y siete meses,
del cielo llegará un gran rey de horror;
resucitará al gran rey de los mongoles.
Antes y después,
Marte reinará en buena dicha.

NOSTRADAMUS, centuria X, cuarteta LXXII

Era una cruda mañana de invierno de la primera semana de Agosto de 1999, que competía por el frío y la humedad con los momentos más duros de la estación, e invitaba a quedarse en la cama, remoloneando como cuando éramos niños y no queríamos ir a la escuela. El vuelo iba a salir con retraso esa madrugada. Pero felizmente, a diferencia de otras veces, había sido poco el tiempo que tuve que esperar en el aeropuerto, y ya ubicado en la pista, el avión hizo un despegue impecable, rumbo a la exótica ciudad de Iquitos, joya de la amazonía peruana.

Había podido disfrutar de dos semanas en casa, con Marinita, mi esposa, y mis hijas, las mismas que me enorgullecían contándome sus éxitos en la universidad y su entereza y tenacidad para afrontar no sólo los triunfos, sino también los reveses y los fracasos, que nunca faltan, porque son parte de la vida.

Viajaba invitado por los amigos de los grupos de Loreto, una de las provincias del Perú ubicada en plena selva, atravesado por el famosísimo río Amazonas. Este río es el más importante de la Tierra por su caudal, de 100000 metros³ por segundo, tiene una amplitud de su cuenca de 7,000000 km², y se une e integra a varios países de Sudamérica. Fue descubierto de una manera inesperada por el explorador español don Francisco de Orellana, quien participó de la conquista de Perú. Precisamente fue cuando Gonzalo Pizarro (gobernador de Quito) organizó una expedición para ubicar la legendaria ciudad de «El Dorado», que Orellana, como parte del contingente enviado, se adentró por el río Coca y descubrió algo tan inmenso como un insospechado mar interior, que los aborígenes llamaban la «Gran Yacumama» («Serpiente»), que era el río madre donde todos los demás convergían. En su arroyo siguió por éste hasta su desembocadura en el Atlántico, donde llegó en el año 1542. Y le puso por nombre Amazonas, por los mitos y las leyendas griegas de pueblos gobernados por mujeres, ya que durante toda la accidentada ruta, soportando altísimas temperaturas de la húmeda jungla llena de toda clase de reptiles, plagada de parásitos y de gigantescos y agresivos insectos, fueron atacados por tribus mayoritariamente

compuestas por mujeres o por lo que, en apariencia, les parecieron mujeres a los afebrados europeos.

A los pocos minutos de elevarnos por entre las nubes que forman el acostumbrado y denso colchón sobre la sobrepoblada y contaminada ciudad capital, el sol empezaba a hacer su aparición, abriéndose paso con dificultad entre gruesas nubes grises y negras. Se veía que había estado nevando sobre la cordillera de los Andes, y las más altas montañas allí abajo que pugnaban por dejarse mirar lucían hermosas, cubriendo su permanente aridez con un copioso manto blanco. Algunos elevados picos destacaban a la distancia desbordando de nieve sobre sus crestas, cuando la nubosidad no los cubría o cuando ésta no los hacía desaparecer cual si fuesen una visión irreal.

En Perú hay tres regiones principales: La costa, compuesta por un largo, árido y estrecho desierto al borde del mar y limitado por altas montañas que componen la segunda región; la sierra, donde tres impresionantes ramales o cadenas de picos se van entrecruzando formando nudos (como los Chakras¹); en la columna vertebral de un ser humano, pero aquí como parte de los centros de energía del planeta la tercera región es la selva, con cientos de miles de kilómetros cuadrados de jungla espesa, donde se conservan los recursos más importantes de nuestro mundo: ¡La mayor variedad de vida natural, agua y aire puro que es la Amazonía! A diferencia de otros países de la cuenca amazónica, en Perú se están haciendo grandes esfuerzos por conservar la flora y la fauna silvestre, y esto se puede observar por la cantidad de parques naturales y gigantescas reservas que han sido creadas para dicho fin.

El vuelo de Lima a Iquitos dura poco más de una hora, y es maravilloso ver cómo las cumbres, que han ido cambiando de aspecto en la medida que se van cruzando los tres ramales de montañas, van desapareciendo, quedando atrás las mesetas andinas para formarse el manto verde impenetrable de llanuras anegadizas. Y como un gran ofidio con movimiento serpenteante que se abre paso por la espesura, aparece con sus gigantescos meandros el extraordinario río Amazonas. Su longitud es de 6,280 km desde donde nace, en los Andes peruanos, hasta donde termina en la costa Atlántica brasileña. Está formado por muchos ríos, pero especialmente el Ucayali y el Marañón. Y dato curioso es que el río sagrado de los Incas, el Urubamba o Vilcabamba, es afluente del Ucayali, por lo cual se convierte también en parte del Amazonas.

Después de un vuelo normal con las acostumbradas turbulencias creadas por el clima de la época, el avión comenzó a descender sobre la otrora metrópoli del Caucho. En el aeropuerto, la recepción ya lo va introduciendo a uno en lo exótico y pintoresco del ambiente, pues no sólo lo recibe la gentil y alegre gente «charapa» (nombre de una típica tortuguita de río), con música típica de la zona, sino que también lo hace la frondosa vegetación y el calor húmedo y pegajoso.

Una cariñosa delegación me aguardaba ansiosa de que llegara para poder llevar a cabo conmigo la apretada agenda preparada por ellos, en la cual debía aparecer en múltiples programas de radio y televisión locales, invitando a la gente a participar en un ciclo de

conferencias que daría en el Aula Magna de la Universidad de la Amazonía Peruana, contando siempre con el apoyo de las autoridades y el personal de la Alcaldía de Maynas.

Mi presencia coincidía con un momento de gran tensión social y política en la zona. Hacía poco que se había firmado un histórico y trascendental acuerdo de paz y límites con el vecino país de Ecuador, dando ejemplo a nivel internacional de madurez y sabiduría por parte de las dos naciones. Se daba por finalizada una guerra no declarada de más de sesenta años. Todos habían cedido algo, y era un golpe duro para los grandes traficantes de armas, que se aprovecharon durante décadas para sacar dividendos de la situación de tirantez que ellos sabían mantener encendida con la complicidad de políticos corruptos.

Pero a pesar de todo lo positivo y difícil que fue llegar a ese acuerdo, se habían producido graves disturbios al tratarse de dar cumplimiento a los acuerdos de paz e integración que beneficiarían por igual a ambos países y especialmente a la región. Obviamente había una mano tenebrosa detrás de los violentos acontecimientos que se habían producido. Y una vez más la vida me concedía el privilegio de poder colaborar humildemente llevando el mensaje del Contacto que se resume en encontrar siempre la actitud correcta frente a la vida. Esta actitud es la de la madurez en la paz y en el cambio. Con paz interior, todo cambia como consecuencia de nuestro cambio interno. Mediante el despertar de la conciencia estaremos en posición de asumir los retos y la responsabilidad tanto individual como colectiva que nos permita iniciar con ello la gran reacción en cadena capaz de transformarlo todo, pero desde donde deben modificarse las cosas: ¡desde dentro!

Nuevamente tenía la oportunidad de estar en un momento de necesidad, en un lugar cargado de violencia, en medio de grandes presiones, para dar un mensaje positivo y hacer énfasis, mas allá de la parte meramente anecdótica del contacto, sobre lo que realmente tiene valor e importancia en las relaciones humanas: el diálogo con amor, que es sinónimo de respeto, comprensión, tolerancia y perdón. Porque si entre nosotros no aprendemos a comunicarnos, ¿cómo podremos llegar a establecer el puente de contacto definitivo con el cosmos? Lo que está en juego es más importante que los intereses personales o nacionales, es la supervivencia de la vida en nuestro mundo, el cual hemos recibido en administración. La intolerancia y el egoísmo son una enfermedad creciente que puede terminar por exterminar al género humano, y nuestra propia vida es el campo de experimentación de aquello que será útil y exportable para el resto de la humanidad y el planeta. Y mientras que no asumamos las responsabilidades individuales, y no aprendamos a «pensar con el corazón y actuar con la cabeza», estaremos hablando sin decir nada; actuando sin construir nada positivo, como cuando se construye algo sin cimientos.

Una y otra vez durante esos días, recalqué en todos los medios a los que se me invitó a asistir, sobre todo en los periódicos, la necesidad de mirar el universo desde dentro de nosotros mismos, porque lo que hay fuera es lo que llevamos dentro. Conociéndonos, conoceríamos el universo; transformándonos, transformaríamos cuanto nos rodea; integrándonos, acortaríamos distancias en el camino del autoconocimiento. Porque es muy importante saber lo que tenemos para dar. En las entrevistas mencionaba que los encuentros cercanos de cualquier tipo con otras realidades son algo impresionante y que remece las

estructuras de cada cual, pero lo que uno aprende a través de los años en el contactismo es que las experiencias no cambian la vida de nadie, sino que es la actitud de la persona frente a las experiencias la que termina cambiándolo a uno.

Desde que llegué al este del país, muchas personas de los grupos, sus familiares y hasta personas ajenas me solicitaban tiempo para poder hablar conmigo en privado, y así narrarme sus experiencias, pues consideraban que mi persona podría ayudarles a entender sus procesos personales. Hubo quienes me contaron desde asuntos domésticos hasta problemas grupales, pero también quienes compartieron interesantes experiencias conmigo.

Con la gran oleada de avistamientos de ovnis que se inició sobre Lima en enero (1999), se multiplicaron las observaciones también sobre otras ciudades del interior, incluida Iquitos. Extraños objetos luminosos de formas diversas fueron haciendo su aparición tanto de día como de noche, por lo que se incrementaron los testigos y los testimonios que llegaban a la prensa. A finales de junio se había venido observando sobre la capital de Maynas –durante varios días seguidos entre las 6 y las 7 de la tarde– la aparición en el cielo de un lucero muy luminoso que no era el planeta Venus, que, con un movimiento zigzagueante, hacía toda suerte de evoluciones en el aire. Incluso se hablaba de que se habían dado contactos directos con los extraterrestres, como el que tuvo una persona muy influyente vinculada al Consulado de Francia. Esto me consta, porque esa misma persona –alguien bastante serio y equilibrado– me lo contó personalmente.

Durante una de las entrevistas que me hicieron, el director del importante diario local El Matutino me narró que en estado de sueño consciente, se le había aparecido un ser muy alto de apariencia humana y raza negra, quien se le presentó diciendo ser el Guía Xendor e invitándolo a hacer una salida a un lugar llamado Picuroyactu; después se despertó y recordó el sueño y la invitación con total claridad. Posteriormente fue con todo el personal de su periódico al lugar, y sobre las cuatro de la madrugada, vieron aparecer en el cielo algo así como una luna verde. Esto coincidió con una espectacular observación ese mismo día de cuatro objetos luminosos sobre la misma zona, hecha por otras personas y que tuvo lugar más o menos en el mismo horario. Los objetos procedían de diversos puntos, se movían a gran velocidad y se juntaban, y luego formaban un solo bólido verde brillante que seguía evolucionando hasta desaparecer en el horizonte.

Me parecía muy interesante que el nombre y la descripción del ser mencionado por el periodista fuese el de alguien que nosotros ya conocíamos a través de experiencias directas, lo que confirma una vez más la realidad de todo cuanto se está dando.

Durante las entrevistas en los diferentes medios pude disfrutar de la compañía del conocido periodista y escritor Manolo Soria, un gran investigador serio y profundo, que me contó experiencias que él había vivido en Iquitos en compañía de otras personas el 9 de noviembre de 1980 en las afueras del aeropuerto viejo Teniente Bergerie. Allí ellos habían contactado físicamente con la Guía extraterrestre Anitac, quien también es conocida por ser parte del conjunto de seres que están en contacto con nosotros. También me refirió que el 8 de diciembre de ese mismo año, hubo una salida a la localidad de Masan, y que en el cielo aparecieron gran cantidad de objetos luminosos a modo de estrellas en movimiento que

sorprendentemente en el cielo formaban las palabras «Rama» y «Amar». Finalmente, todos los asistentes contemplaron cómo los objetos formaban una estrella de seis puntas y luego se marchaban.

Posteriormente aprovechamos cuanta ocasión se dio con los grupos para hacer cadenas de irradiación al planeta y especialmente al país y a la región, para colaborar con ello en la transmutación de la crisis existente. Las conferencias de por sí fueron un éxito, gracias a la excelente coordinación de los grupos, y notamos claramente que la gente recibió el mensaje, ya que les llegó en el momento indicado. Todo esto no deja de maravillarme al contemplar cómo somos utilizados positivamente y de forma conveniente para el Plan Cósmico por las fuerzas superiores, las cuales nos ubican en las coordenadas adecuadas con el conocimiento y la conciencia necesarias con capacidad de influencia positiva sobre el momento y las demás personas.

El regreso a Lima fue apresurado, pues tenía que llegar a casa y cambiar de maletas. Salía al día siguiente hacia Colombia, un hermoso país con una gente muy generosa y culta, pero injustamente víctima de una descomunal violencia, producto de ocultos intereses internacionales. Y precisamente me iba a tocar vivir en ese país el último eclipse total de Sol del milenio; un acontecimiento astronómico que para los hermanos Guías son «señales» que indican que los ciclos cósmicos marcan tiempos de cambio.

Poco antes de iniciar el nuevo viaje se produjo la acostumbrada despedida familiar. Una a una, mis queridas y hermosas hijas Yearim y Tanis fueron bajando la escalera de blancos pasamanos que da al segundo piso de nuestro hogar, esquivando en el trayecto a nuestros siempre traviosos gatos, que suelen acomodarse en los escalones para dormir. Se colocaron a ambos lados de mis maletas para ayudarme, y las llevaron hasta la puerta, donde me aguardaba el taxi que me conduciría al aeropuerto. Junto con Marinita desfilaron luego en la entrada de la casa para la despedida final. Había metido el equipaje en el maletero del automóvil y, de vuelta al umbral, me estrecharon con sus brazos, cubriéndome de besos y llenándome de recomendaciones para que me cuidara, como si todas ellas fuesen mi mamá... Y hasta a coro repetían ¡vuelve pronto! A pesar de haber vivido esta escena en infinidad de ocasiones, y de haber oído esas mismas palabras, éstas me llenaban el alma de paz y profunda alegría, así como de fuerza interior. Marinita, cariñosa como siempre, aprovechó para indicarme que había metido en mi maletín de mano unos sándwiches de queso y unos zumos por si acaso, para el viaje. Entonces nos miramos fijamente a los ojos y nos estrechamos en un intenso beso y abrazo, y perdimos la noción del tiempo en un solo sentimiento de unidad, sólo interrumpido por el chofer, que, disimuladamente, recordaba la hora con una fingida tos.

Poco a poco, la dulce y siempre bella Marina fue apartando su rostro del mío, con sus ojos aún cerrados como cuando nos enamoramos y nos dábamos nuestros primeros piquitos (besos) y caricias.

Una vez subido en el auto, venía lo más duro. Aunque sucedía a menudo que viajaba y me alejaba de casa, no podía acostumbrarme a dejarlas solas. Cuando el taxi se iba alejando, trataba de estirar al máximo esa última imagen de mis tres amores en el umbral de

la puerta, para que me acompañara siempre. En mi interior le pedía a Dios que las cuidara y me las protegiera. El resto ya era parte de la rutina habitual...

El viaje fue como todos. La fuerza de la costumbre me hacía aprovechar las interminables horas de espera del aeropuerto y de los vuelos leyendo y escribiendo.

Una y otra vez recorría el largo pasillo del aeropuerto de la calurosa y húmeda ciudad de Panamá, haciendo tiempo para tomar mi conexión hacia la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Era mi ejercicio para estirar las piernas y, a la vez, una forma de afrontar la dura y difícil batalla contra la impaciencia soportando la cantidad de tediosas horas de tránsito. Había leído una buena parte del libro que llevaba conmigo, pero me molestaba estar tanto tiempo quieto después de las horas que había pasado sentado en el avión.

En media hora me había repasado toda la terminal y le había preguntado a los vendedores de las tiendas libres de impuestos todo lo que se les podía consultar; eso me servía de terapia, y a mis interlocutores, de karma. Realmente aguardar tanto era aburrido, cansado y molesto. Eran horas de mi vida que transcurrían sin mayor sentido, aunque siempre es bueno tener tiempo para pensar y meditar. Pero si a este tiempo se le sumaba el de los vuelos y otros trámites, ya era demasiado.

A derecha e izquierda había multitud de negocios que, como atractivo para atraer clientes, afirmaban no cobrar los tan satanizados impuestos. En algunas de ellas, donde me detuve más de la cuenta para curiosear, me asustaban los precios que, en algunos productos, eran muy parecidos a los de una tienda normal o incluso más caros; total, un engañoso.

Felizmente, la desesperante espera llegó a su fin y pude embarcarme hacia Colombia; allí llegué ya tarde, por la noche. Para mi consuelo me aguardaban en la terminal la maravillosa gente de los grupos Aura Stella y Nubia, quienes se alegraron de verme, y me contaron que mis libros por fin habían llegado a las librerías locales. Fui llevado a continuación hacia el centro de la ciudad, donde sería alojado en el que ya consideraba que era mi segundo hogar, el apartamento de la doctora Olga Heredia de Darquea, a quien siento como mi madre colombiana. Un ser increíble. Una mujer mayor que, con su sabiduría y sus innumerables anécdotas de vida como madre, neuróloga y cirujana, había hasta llegado a ser condecorada por haber servido en el frente de batalla de Vietnam, extrayendo esquirlas y balas de los cráneos de centenares de jóvenes norteamericanos. Incluso por haber sido herida durante una operación en un hospital de campaña, por una bala perdida que se alojó en su pulmón, y no haberse dejado atender hasta no terminar con una comprometida operación que dependía de ella.

Olguita, una persona muy especial, de una vitalidad asombrosa y gran agudeza de pensamiento, me recibió con el amor de siempre, y mientras me pedía que me pusiera cómodo, me iba preparando un succulento refrigerio. Sentados en las sillas de su acogedora cocina, ella me comentaba que la señora Marina, una magnífica y muy querida persona que trabaja a su servicio, había dejado preparada una sopa de vegetales especialmente para mí. Después de los comentarios familiares de ambos, conversamos a raíz del eclipse anular de Sol, que iba a tener lugar dentro de dos días, cuando la Tierra estuviera más cerca del Sol y la Luna más lejos. También conversamos acerca de un programa de televisión que ella

había visto sobre las profecías y lo especial del momento planetario, comentando lo poco que se sabía por ejemplo de los mayas y, sin embargo, la riqueza de información que ellos habían aportado. Toda la información que disponíamos de ellos era gracias a cuatro «Códices» o libros hechos en papel de ámate (una corteza de árbol) que lograron sobrevivir a la destrucción; por cuanto el obispo Diego de Landa, perseguidor de idolatrías en el siglo XVI, reunió más de cinco mil libros de los mayas al pie de las pirámides de Mérida (Yucatán), y en un auto de fe los quemó, porque según él, allí había muchas cosas que contradecían las Sagradas Escrituras. Uno de los pocos libros que sobrevivió es el llamado Códice de los eclipses (que se encuentra en la ciudad alemana de Dresde), y en él están profetizados estos eventos astronómicos hasta el siglo XXI con una precisión impresionante. Allí estaba anunciado el eclipse del día 11 de agosto de 1999, y venía acompañado de una profecía que decía que con ese eclipse la humanidad entraría en el llamado «Salón de los Espejos», donde debíamos aprender a observarnos a nosotros mismos tal como somos para entender la necesidad de un cambio, y emprenderlo. Con tal fin se produciría en este tiempo el «Cahuac» (la «tormenta»), que sería un período muy violento que conduciría a una gran transformación de todo cuanto nos rodea. También se hacía referencia a que estábamos entrando en la Era de la Madre, por lo que nuestra relación con el planeta (la Madre Tierra) era vital; o aprendíamos a convivir con la naturaleza en armonía, o la naturaleza misma se encargaría de deshacerse de nosotros.

Resulta que los mayas eran un pueblo extraordinariamente sabio que desarrolló las matemáticas y la astronomía como pocos. Ellos habían datado el inicio de su civilización en el año 3113 antes de nuestra era. Y, según sus mitos, sus antepasados eran extraterrestres que habían llegado procedentes de «Las Pléyades», a través de una «Gran Caña Hueca» o «Cola de Serpiente». Esto coincide con las últimas teorías científicas que nos hablan de «Agujeros de Gusano» o «Pliegues Cósmicos», para recorrer las grandes distancias en el universo, viajando a través del espacio tiempo.

Los mayas sabían que nuestro sistema solar giraba alrededor del Sol, al que llamaban «Kinich Ahau», y que nuestro mundo era redondo, y giraba sobre sí mismo, lo cual les permitió elaborar muy precisos calendarios lunares y solares. Además, sabían que todo nuestro sistema solar giraba una vez cada 25625 años alrededor de las Pléyades, acercándonos y alejándonos del centro de la galaxia, en lo que ellos llamaban «un día galáctico». Mientras que el giro que hacía todo el sistema alrededor del centro de la galaxia, al que ellos llamaban «Hunab Ku», se completaba cada 260 millones de años, en un «año galáctico», que es a la misma conclusión a la que ha llegado la ciencia actual en los últimos veinte años, contando con todos los adelantos de la tecnología actual, tanto para la observación como para hacer los cálculos. Por lo que la pregunta que se nos plantea es: ¿cómo lo supieron los mayas si no tenían telescopios ni computadoras?

Para los mayas, el día galáctico se dividía en cinco ciclos de 5,125 años cada uno. Había un ciclo que era como el amanecer, otro como la mañana, otro el mediodía, otro la tarde y el último ciclo era la noche. Según sus libros, su civilización se inició cuando empezaba el último ciclo de cinco ciclos, por lo cual nos encontraríamos culminando una

terrible noche oscura, acercándonos al inicio de un primer ciclo o amanecer. Esto coincidiría con la profecía azteca del inicio del llamado «Sexto Sol».

Cada cambio de ciclo, nuestro Sol (Kinich Ahau) se conectaba con el sol galáctico (Hunab Ku) a través de un rayo sincronizador a manera de latido cósmico (que es emanado hacia toda la galaxia). Este rayo sincronizador o energía extraordinaria habría empezado a llegar con fuerza entre el 11 de julio de 1991 y 1992, coincidiendo con otro eclipse, y marcando los últimos veinte años del ciclo (un katon) y haciéndonos entrar en el «tiempo del no tiempo»...

Los mayas habrían lanzado una serie de profecías que tomaban como punto de partida el eclipse de agosto de 1999, cuando quedarían trece años para realizar los cambios e integrarnos con el planeta. Según estas profecías, con el inicio de la Era de la Madre y de la mujer, la humanidad encontraría cada vez más esperanza, nos acercaríamos al final de los miedos y tendríamos la posibilidad de trascender o de terminar con el mundo. La cuenta atrás terminaría el día 22 de diciembre del año 2012, según nuestro calendario.

Yo tenía en mi poder unos artículos de prensa que me había enviado nuestra buena amiga Marta Couto, de los grupos de Uruguay, en donde se decía que, a partir de 1991, los científicos habían detectado la llegada a nuestro sistema solar de una energía extraordinaria procedente del centro de la galaxia. Y en otro decía que los satélites de comunicaciones en órbita y la recepción de imágenes televisivas en la Tierra estaban siendo afectadas por un incremento inusual de la actividad de explosiones en el Sol.

En el artículo dado a conocer desde Londres, también se decía que desde 1997 en adelante habría implicaciones en el clima de nuestro mundo, por cuanto las tormentas solares iban a azotar el campo magnético terrestre, crearían inestabilidad, y que había la posibilidad de que satélites y sistemas de energía resultasen dañados. Estando en 1999 no era difícil verificar lo anticipado por los científicos.

Decía que el rayo sincronizador estaría llegando a nuestro sistema y estaría afectando al Sol, haciéndolo entrar en convulsión y alterando sus polos magnéticos. Este hecho estaría incrementando las tormentas solares y lanzando gran cantidad de plasma al espacio. Y esa radiación, junto con lo que nos llega directamente (otras energías), también estaría alterando los polos magnéticos de nuestro mundo, reproduciendo las convulsiones. Y todo ello también influiría sobre el comportamiento de quienes aquí vivimos. Esto explicaría el por qué del comportamiento explosivo y depresivo, volcánico, telúrico y hasta tormentoso de mucha gente. Pero recordemos que, así como el planeta nos influye, nosotros también podemos afectar al planeta, fortaleciendo nuestra voluntad y poder mental.

Al día siguiente, lunes 10 de agosto, día 222 del año, por la mañana, apareció un reportaje en el prestigioso diario El Tiempo, el mismo que saldría publicado el día 11, día del eclipse anular de Sol. Esa misma tarde me hicieron una entrevista para la televisión en la Cadena Caracol, con el reconocido periodista don Darío Arizmendi. El programa se llamaba: «Cara a Cara.» En ambas entrevistas aproveché para aclarar que al día siguiente el mundo no se iba a acabar, sino que se empezaba a acelerar su transformación, y que cada día aceleraría sus cambios, motivado por la energía extraordinaria que estaría llegando

procedente del Sol central de la galaxia. Esta promoción sirvió para publicitar sendas conferencias que se realizaron en la ciudad en esos días, y para tranquilizar a la opinión pública con relación a un supuesto fin del mundo, como consecuencia de la mala interpretación con respecto a las profecías de Michel de Nostradamus, y –producto de la superstición– a una falsa lectura también del fenómeno natural y cíclico del eclipse.

Por la noche hablé con Olguita de cómo Nostradamus –que no sólo era médico, sino también un gran astrónomo, astrólogo y vidente– enmarcaba sus profecías entre acontecimientos astronómicos, que nos dieran luego la facilidad para ubicarlos en el tiempo. Le cité algunas de las profecías, como aquella ubicada en la centuria X, cuarteta LXXII que fijaba el año de «1999 y siete meses» como el momento álgido para que algo de origen extraplanetario ocurriera, atemorizando a la humanidad, pues se precisaba que del cielo llegaría «un gran rey del terror». Y precisamente, el eclipse estaba provocando mucha inquietud, aunque los siete meses señalados corresponderían a julio y no a agosto, y el eclipse era en agosto, no en julio. Pero hay investigadores que afirman que, como Nostradamus usaba el calendario juliano y no el gregoriano (que aún no existía), habría una distorsión de unas semanas que harían coincidir el eclipse con lo anunciado. También decía esa cuarteta que «antes y después, Marte reinará en buena dicha». La explicación a este punto estaría en el hecho de que, cada dos años y medio, Marte el planeta rojo está más cerca de la Tierra. Y ese año, entre julio y agosto, Marte estaba en su punto de mayor aproximación. Pero nuestro vecino planetario también simbolizaba el dios de la guerra en la antigüedad, por lo que resulta curioso que poco antes de la fecha del eclipse se apaciguaron grandes tensiones, como las de Kosovo, Pakistán y la India.

En la misma centuria pero en la cuarteta LXXIV, se estaría haciendo mención a la tensión de aquellos dos países asiáticos, que llegaron incluso a arriesgar la seguridad del mundo al hacer detonar irresponsablemente bombas nucleares en sus respectivas fronteras. La profecía dice:

Al término del cielo del gran número séptimo,
aparecerán en el tiempo juegos de hecatombe.
No lejos de la gran edad milésima...

Y es que resultaba incomprensible cómo países herederos de una sabiduría ancestral y de una arraigada espiritualidad estaban poniendo en peligro el futuro de la humanidad, jugando con las armas más mortíferas que se conocen, cuando los mismos libros sagrados del brahmanismo mencionaban nefastas y desoladoras guerras en el pasado, con un armamento similar.

El miércoles día 11, el eclipse curiosamente empezó a ser observado en la costa de Cornualles, en Inglaterra (lugar del nacimiento del rey Arturo). Su cono de sombra se trasladó después al norte de Francia; luego cruzó sobre los Balcanes y se situó exactamente sobre Kosovo, y siguió su camino hacia Turquía, Iraq, Irán, Pakistán y la India. Algunos de estos lugares son focos de gran tensión mundial, y otros concentran en la actualidad mucha

negatividad. Según el Dr. Frank Espenak, director del laboratorio Goddard de Vuelos Espaciales de la NASA, la duración precisa del eclipse, calculada con reloj atómico, fue de ¡2 minutos y 22 segundos! La clave 222, una clave simbólica continuamente reiterada en los contactos, que se relaciona con la lucha de opuestos y podría estarnos hablando de la necesidad de equilibrar e integrar los dos elementos del ser: lo masculino y lo femenino; lo positivo y lo negativo en los tres planos: lo material, lo mental y lo espiritual, en una época como ésta, tan importante para la supervivencia de la humanidad.

Ese día salí en la segunda página del diario y por la noche aparecí en la televisión, siempre tranquilizando a la gente y motivándola a pensar de una forma optimista con respecto a nuestro futuro. Y aunque el tan anunciado fin del mundo no tuvo lugar, los temblores se hicieron sentir con fuerza en Chipre y en el Japón, y hasta se dieron avistamientos muy claros de dos objetos plateados sobre Bogotá y otras ciudades del interior coincidiendo con el eclipse.

En los días inmediatos al eclipse coincidieron otros eventos estelares, como por ejemplo, el alineamiento de todos los planetas del sistema solar (a excepción de Plutón) con centro en la Tierra. Era una formación astrológica en el cielo en forma de cruz llamada «conjunción planetaria», en medio de los signos fijos: Tauro, Leo, Acuario y Escorpión (que estarían representando los cuatro seres delante del trono en el Apocalipsis: el Toro, el León, el Hombre y el Águila, a la vez que a los cuatro evangelistas). Esta gran cruz sería el símbolo del cambio dinámico, de la evolución. Este suceso sería de gran ayuda para el advenimiento de la luz, y daría inicio a una gestación simbólica que duraría nueve meses y culminaría entre los días 3 (día de la Santa Cruz) y 5 de mayo de 2000. Éste sería un momento propicio para el nacimiento colectivo hacia una conciencia superior, en donde habría de aflorar la divinidad femenina dentro de cada ser humano, lo cual trae la fuerza de la ternura, el amor y la abundancia, lo que nos daría la oportunidad de sensibilizarnos.

Era el momento de restablecer la comunicación con la divinidad interior mediante la intuición, haciendo trabajos internos de perdón y fortalecimiento de la voluntad en el cambio.

También se dio la llegada en ese momento de un cometa: el Swift-Turtle, cuya cola con chispazos produjo una lluvia de meteoritos a la que se le puso por nombre «las Perseidas», que nos recordó el peligro potencial permanente que existe sobre nosotros en un universo dinámico.

Después de una serie de actividades en la ciudad, viajé el día 16 durante varias horas en autobús por un paisaje de encanto, descendiendo de montañas verdes y redondeadas hacia la exuberante vegetación del Meta. Y llegué a Villavicencio, donde vive nuestra querida amiga Argenis Jara, que había organizado algunas conferencias para mí. Sabía que toda esa zona estaba controlada por la guerrilla, y que habían hecho del secuestro su mejor fuente de ingresos, y que hacía poco que habían asesinado a muchas personas sin ningún motivo. Pero bien valía la pena transmitir el mensaje allí donde se necesitaba.

El martes 17 se produjo en Turquía un seísmo catastrófico que provocó la muerte de 15 000 personas y la desaparición de otras 40 000; un desastre que para muchas personas

significó el fin del mundo, pero para otras, el nacimiento de una nueva humanidad, basada en la fraternidad y la esperanza. Por la televisión se veía a los médicos y enfermeros israelíes en sus hospitales de campaña, instalados en el territorio turco, atendiendo con impresionante sensibilidad a los heridos musulmanes. Y era interesante escuchar las expresiones de agradecimiento de las víctimas que eran atendidas, pues ellas entendían que lo que divide y aleja a los seres humanos es el egoísmo sectario de unos pocos.

Estábamos en la localidad de Acacias, a las afueras de Villavicencio, en una finca muy agradable que hacía poco había sido visitada por los paramilitares con la intención de extorsionar a sus dueños. Nos habíamos reunido unas treinta personas en un taller al aire libre. Uno de los asistentes era el padre Francisco, un sacerdote franciscano que me contó que él había estado con otros sacerdotes en diciembre de 1998 en el Vaticano, y que durante la bendición que impartió el papa Juan Pablo II a la muchedumbre, la extendió para los pueblos de la Tierra y ¡para los hermanos del Cosmos!, haciendo la bendición también hacia arriba, hacia el cielo. Esto no nos debía extrañar demasiado, por cuanto el mismo papa había declarado a comienzos de 1999 que «Darwin no estaba tan lejos de la realidad con respecto a la teoría de la evolución de las especies»... Esto lo habría dicho acercando la postura de la Iglesia a la teoría antropológica de la evolución de la vida. Con esto, el jerarca de la Iglesia coincidía con la visión de sus teólogos, de que Adán y Eva no existieron como personajes históricos, sino metafóricos; de tal manera que, en algún momento de la evolución, Dios habría actuado directamente insuflando en los prehomínidos una alma individual.

Un reconocimiento como éste ocasionó obviamente una grave crisis doctrinal, por cuanto si nuestros primeros padres no existieron como tales, no hubo «pecado original». Y si no lo hubo: ¿por qué se bautiza a los niños en la Iglesia? O, ¿por qué murió Jesús en la cruz?... Podríamos interpretar de todo esto que si no hubo pecado original, el único «original pecado» que arrastra la humanidad es la ignorancia. Por eso Jesús decía: «Yo os daré la verdad y la verdad os liberará...» Y es que, sabiendo que Dios es bueno, ¿cómo podemos creer que, por lo que supuestamente hicieron nuestros antepasados, toda la humanidad estaría condenada a una eterna falta de la que ninguno de nosotros somos responsables y que a fin de cuentas nunca existió? ¿Qué juez de la Tierra condenaría al hijo de un delincuente, por el solo hecho de ser su hijo?

Para remate, el papa salió con otra declaración igualmente fuerte al decir que: «El infierno y el cielo no existen como lugares físicos, sino como estados de la conciencia.» Nosotros hemos tratado de hacer entender esto mismo a la gente desde hace mucho tiempo, y que es que «no hay más infierno que el que uno mismo se crea»...

Para el día 19 ya había regresado a Bogotá, en donde tuve la oportunidad de ser invitado a la casa de un alto general de las fuerzas armadas, que, junto con su adorable familia, estaba interesado por estos temas. En los siguientes días viajé a la calurosa ciudad de Cali para promover mis libros, y allí me encontré con mi gran amigo y hermano en el camino Fabián Ocampo y sus queridos hijos, así como con la gente de los grupos, quienes

me contaron que el día del eclipse se había visto sobre el parque Caycedo, entre las 3 y las 4 de la tarde, a pleno sol, dos objetos luminosos.

Otra anécdota interesante de éste especial viaje a Cali fue la invitación del gran periodista y entrevistador político Sami Jalil, hecha en su programa de radio y para la televisión, en donde me convocó a hacer en directo en sus programas la Gran Invocación para armonizar la ciudad y el país.

Paralelamente a mi estancia en Colombia, los grupos de la Argentina se preparaban para lo que sería su primer gran encuentro de contacto, anunciado a través de diversos mensajes, como aquél recibido por Alejandro Mancilla el 14 de noviembre de 1998 que decía:

...Otra nueva etapa del contacto comienza. Estamos más allá de sus problemas estructurales. Mas nadie queda excluido, sino contactado en su medida y alentado en lo que es capaz de hacer, sin que nadie sea el realizador de todo, sino todos piezas de un mecanismo.

Están comprometidos a superarse sin importar demasiado sus tiempos de misión, más bien (lo que cuenta es) la actitud de sus corazones.

Instrucciones no les faltan como para seguir adelante. Continúen formándose en grupos de sintonía y afinidad. Y que cada grupo, una vez preparado, se comprometa a la realización de trabajos.

Intégrense en salidas...

Sean legítimos en sus realizaciones, sólo así atraerán la atención y serán escuchados desde su transparencia.

...Verán los frutos de sus esfuerzos con el discurrir de los meses, y es importante que Bariloche los reciba unidos y con mucho trabajo interno, habiendo realizado salidas previas y tareas...

Nuevamente las fuerzas oscuras intentan deprimir al hombre (tensión en Iraq). Pero el conflicto será desarticulado y no pasará a mayores consecuencias...

OXALC

Durante meses se había estado preparando a nuestra gente de Argentina con salidas a nivel nacional, convocando a los distintos grupos repartidos por el país a participar entusiastamente. Especialmente cabe destacar la exitosa salida de Córdoba, que fue organizada con mucho amor y entrega por Mario Cannas, con la estrecha colaboración de Mario Heredia –ambos de Buenos Aires–, y que fue realizada en el mes de julio, en la Quebrada de la Luna, a espaldas del famoso cerro Uritorco; a ella asistió gente de Uruguay y de muchos puntos de Argentina. Allí se dieron importantes experiencias con impresionantes avistamientos e iniciaciones (xendra y cristales) que confirmaron las comunicaciones, a pesar de que no faltaron las tensiones, producto del excesivo celo y los egos que aún nos traicionan.

Otra salida del mismo estilo realizada en el Chocón (Neuquen) había sido una dura prueba para la integración de todos los grupos asistentes y de autoselección para las personas, por cuanto el tiempo en el lugar de la reunión (un paraje de la inmensa estepa patagónica, a la orilla de un lago creado por un embalse) estuvo terriblemente inestable, y se llegaron a producir incesantes lluvias y fuerte viento en una zona donde llueve muy pocas veces al año. El mal tiempo terminó de una forma muy sospechosa el último día del encuentro, cuando salió un luminoso sol.

Algo que debemos aprender es que no sólo el tiempo puede llegar a reflejar nuestros estados anímicos, pues es una proyección de nuestro estado mental, sino que también éste puede confabularse con la acción de entidades superiores como para probar nuestras convicciones, creando situaciones incómodas y de presión que nos lleven a mostrarnos tal como somos, o para templar nuestro espíritu. Todo esto para que, luego, más calmados, nos demos cuenta de nuestros fallos y de cuanto nos falta aún para lograr un nivel de equilibrio constante, para lo que se requiere continuidad en nuestros trabajos de meditación y de interiorización.

Podríamos decir que cuando la meditación es más que una postura, una palabra, una técnica o un conocimiento, es que ha llegado a ser una actitud capaz de permitirnos llegar al entendimiento de nuestra propia verdad; aquella que la Divinidad ha reservado para nosotros. Por tanto, por encima de todo debemos mantener esa actitud.

Como una clara señal de lo que los Guías habían señalado en sus mensajes y del importante evento que se estaba gestando, durante el mes de agosto se sucedieron una serie de importantes avistamientos en San Carlos de Bariloche, uno de los cuales fue atestiguado por el periodista del Canal 13 (local) Guillermo Fabio y su camarógrafo, curiosamente el día 13 de ese mes. Era un mediodía soleado y luminoso cuando se dirigían en un taxi a cubrir una nota de prensa en una parte alta de la ciudad. El cielo estaba despejado, con gran visibilidad, tan apacible que no hacía presagiar nada extraño. De pronto observaron sobre el lago Nahuel Huapi –que en ese momento estaba como una taza sin viento alguno– dos gigantescos objetos alargados (cilíndricos) y verticales, como formando el número 11, que destellaban mostrando su consistencia metálica. Después se transformaron en nube y desaparecieron como mimetizados con el ambiente, sin que ellos tuvieran tiempo de filmarlos. Este avistamiento también fue captado por mucha otra gente ubicada en distintos puntos de la ciudad, entre quienes se encontraba Carina Marzullo, profesora de ballet y miembro de los grupos de contacto.

El encuentro de Bariloche debía ser la suma de todo lo aprendido en los encuentros y salidas anteriores, a la vez que un ejemplo de unidad y de integración. El número de participantes era limitado, pero a la vez se invitaba a que todos los grupos seleccionaran a sus representantes, de tal manera que todos se sintieran representados. De este modo, se dejaba a los Guías la labor de disponer alguna experiencia extraordinaria para quienes estuviesen mejor preparados.

Lamentablemente, el excesivo celo de algunos, así como la falta de experiencia y organización de otros, llevó a que no todos los grupos fueran avisados, y a que otros se

enteraran mucho después o fuera de tiempo. También se dio el caso de una poco democrática y respetuosa selección de los participantes, lo cual produjo malestar y desunión. Por todo esto podríamos decir que el encuentro estaba comenzando con mal pie.

El día 22 llegaron a reunirse dieciséis personas en Bariloche, y a pesar de que fundamentalmente debía ser un encuentro para los grupos de Argentina, la invitación se había extendido a algunos hermanos de otros países, como Héctor Ibarra y Maru Friedkensen de México, Johnny Luciano y Rubén Astacio de República Dominicana, y Camilo Valdivieso de Chile, quienes llegaron a enseñar con humildad y sabiduría lo que debe ser la unión.

El grupo se ubicó en unas cabañas rodeadas de árboles y naturaleza, a las afueras de la ciudad y al borde del lago (en el Brazo Campanario), prestadas gentilmente para la ocasión por Nelson Villegas y María Ester Yrigoyen, una cariñosa pareja, muy comprometida con la misión y el mensaje. El resto de los presentes eran: Silvia Verlengia, Nicolás Segovia, Óscar Borri, Alejandro Mancilla, Leonardo Dufour, Gina Colombato, Jessica Ochoa, Carina Marzullo y Ricardo Zapata.

Soportando un fuerte frío invernal, el grupo trabajó desde ese día en sus meditaciones con el propósito de funcionar como una «comunidad mental», y desarrollando temas como «la unión» y «el perdón», lo que era un sentimiento general al reflexionar sobre los errores que se habían cometido en la organización del evento. Más de uno se daba cuenta de que, si no estaban unidos, no llegarían a estar conectados...Y nunca era tarde para corregir desaciertos.

Todos debían estar dispuestos a pedir perdón y perdonarse por las actitudes equivocadas. Además, por la importancia del momento debía darse como una purificación, porque si se llegaba a concretar el encuentro programado, no sólo sería con los Guías, sino con la Hermandad Blanca, quienes custodian los registros de información de la verdadera historia humana en unos retiros en las montañas cercanas. Y curiosamente coincidió que en esos días el papa declaró al año 2000 como el «año del perdón», de tal manera que la Iglesia Católica pedía perdón por los errores históricos cometidos durante los dos milenios, como por ejemplo, la Inquisición, el autoritarismo, la intolerancia, las persecuciones, la indiferencia y la complicidad.

Para el martes día 24, ya se sabía que, según las instrucciones recepcionadas en los mensajes, sólo unos pocos debían realizar la etapa definitiva de acercamiento a los retiros interiores. Por tanto, había llegado el momento de demostrar que la lección había sido aprendida y que el grupo estaba dispuesto a actuar con desprendimiento y renunciar a las expectativas personales, para dar paso al apoyo al trabajo y a la selección de unos pocos siete para que hicieran una travesía en barco hacia una zona virgen del bosque, al pie de las montañas nevadas y en una zona remota. La idea era alcanzar la supuesta ubicación de la puerta de entrada al intramundo. El viaje se hizo contando con el apoyo de todos los reunidos, que, como una unidad fuertemente cohesionada, supieron apoyar a los que iban y supieron aguardar trabajando en el lugar de una manera distinta pero complementaria. La embarcación zarpó siguiendo las intuiciones de los expedicionarios, recorriendo durante

largas horas la inmensidad del lago, hasta que desembarcaron en una estrecha orilla al pie de unos acantilados. Al bajar del barco que los había llevado hasta allí, tuvieron que hacer equilibrios sobre gruesos troncos caídos cubiertos de musgo. Desde allí tuvieron que penetrar en el tupido bosque frío, cubierto de una espesa niebla, para luego subir por peligrosos despeñaderos fabricando sobre la marcha su propio sendero. A medida que el grupo avanzaba, se sentían observados, como si alguien estuviese evaluando cada paso que daban por aquellos barrizales de nieve. Pero a la vez se sentían seguros y protegidos, guiados hacia una suerte de lugar conocido y acogedor. Entonces, después de muchas horas de caminata, llegaron hasta otro lago entre montañas, donde el bosque se hacía más cerrado. Allí los pilló la noche, con temperaturas bajo cero y fuerte viento, por lo que se vieron llamados a montar su campamento. Mientras tanto, el grupo que permanecía a las afueras de Bariloche fue testigo esa noche del avistamiento de un flash luminoso sobre las cumbres.

El miércoles día 25 amaneció en el pequeño campamento con la compañía de una hermosa águila que estuvo revoloteando en las alturas durante toda la meditación. Acto seguido se produjo una nueva selección para continuar, por cuanto lo duro del camino había hecho mella en más de uno, lo que provocó que sólo cuatro personas ascendieran a las montañas. Entonces percibieron una sensación como si el tiempo se detuviera a su alrededor. Camilo, que se sentía apenado de ir dejando en el camino a los demás, recordó durante la caminata que en comunicaciones recibidas en Buenos Aires poco tiempo atrás, se había recibido que sólo cuatro personas llegarían al lugar, lo cual lo reconfortó.

Jessica, una risueña joven de Buenos Aires, y la menor del grupo expedicionario, reflexionaba durante el duro recorrido a pie por los bosques y montañas sobre la necesidad de establecer un puente desde el corazón con los guardianes del lugar y entre los grupos de contacto, para facilitar el puente físico entre los mundos y las dimensiones. Esta chica, demostrando mucho valor, iba delante con Camilo, abriendo camino, y al cabo de un rato divisaron un nuevo lago con un paisaje de ensueño. De pronto oyó una voz en su mente, como si le hablaran al oído, que le decía: «Adelante, deben llegar al lugar, ya que si no es así, nosotros no bajaremos.» Ella lo compartió con los demás, lo cual los estimuló a todos a seguir, a pesar del cansancio. Entonces, en un momento de mucho esfuerzo físico, mientras trataban de subir por una cascada de aguas heladas, nuestra amiga llegó a observar a su lado, por entre las cañas, la presencia tangible y real de una persona. Era alguien con una túnica marrón, que la miró compasivamente, y así como apareció, se marchó. La sensación que quedó en el ambiente después de esa fugaz compañía fue de una gran paz... Un poco más adelante, Leonardo Dufour de Neuquen, casi desfallecido, oyó en su mente que le decían de una manera muy contundente: «Necesitamos sólo dos pasos más...» Esto le dio fuerza para continuar.

La expedición siguió por ásperos caminos de montaña hasta llegar a una cascada impresionante que formaba una especie de piso de cristal por el hielo, rodeado de un césped verde como pocos. Era un lugar realmente mágico, como con un microclima especial. En la ladera de la montaña, un poco más arriba, se veía una entrada hacia una gruta.

Desde las primeras expediciones de los españoles por la Patagonia, surgió el mito de una ciudad oculta repleta de grandes riquezas, a la que llamaron: «La Ciudad de los Césares.» Fue precisamente Francisco César quien partió en el siglo ^{xvi} del Río de la Plata hacia el sur, explorando durante años aquellas latitudes, y quien oyó hablar a los indígenas en repetidas ocasiones de aquel lugar. Tal vez este mito coincidiera con la existencia de una ciudad intraterrestre, una de las sedes de la Hermandad Blanca, a la que el grupo había sido invitado a acceder.

Pero el conjunto de los expedicionarios sintió que en aquella ocasión sólo se les había autorizado llegar hasta donde habían llegado. Tenían el acceso muy cerca, sin embargo, había algo en el ambiente que les decía que no podían pasar de allí. Era como si el excesivo peso de la responsabilidad y de todo lo anteriormente experimentado les impidiera seguir más allá. También la pronta lectura de los mensajes y de los acontecimientos permitieron hacer una evaluación de lo que el grupo estaba en capacidad y en disposición de lograr. Por fin estaban en el lugar, a la expectativa de cuanto ocurriera, sintiéndose acompañados de todos los que habían viajado a Bariloche y de cuantos los apoyaban en la distancia. Estaban a unos pocos pasos del ingreso en una enigmática caverna, que desprendía una especie de poderosa energía y, sin embargo, sintieron que habían llegado hasta donde debían. Se habían dejado muchas cosas de lado en el camino, como otras que se habían hecho mal y debían ser corregidas antes de dar el gran paso definitivo, por lo que era hora de volver. Acamparon allí, y durante la noche se multiplicaron las experiencias astrales. El retorno al día siguiente fue tan innecesariamente vehemente y apurado que descuidaron coronarlo – como debería haber sido –, con un paso lento y reflexivo, pero en su lugar se perdieron y tropezaron a cada paso, lo cual hizo más engorroso el camino de regreso. Todo esto, por gusto, porque el barco no llegó a recogerlos hasta después de dos días. Pero, ciertamente, de todo se aprende.

Mientras tanto, el grupo que había permanecido en Bariloche, habiendo renunciado a la participación directa material en el viaje, no dejó de orientar todos sus esfuerzos, cadenas y meditaciones a la distancia a quienes viajaron a las montañas, acompañándolos mental y espiritualmente.

Paralelamente a esta salida se hizo otra organizada por nuestro querido hermano Mario Cannas. Allí acudió otra gente que no fue invitada por los organizadores del otro encuentro, pero que igualmente estaban deseosos de participar de la convocatoria que habían hecho los Guías. La idea era que ambos grupos, respetándose en sus realizaciones, pudiesen estar unidos, aunque no necesariamente juntos, estableciendo un puente para que el planeta conectase con otros planos y dimensiones, dirigiendo a la humanidad hacia una apertura de conciencia en el amor, la fraternidad y la paz. También había la intención compartida por todos de activar ese lugar (Bariloche) y conectarlo con todos los otros lugares en el mundo que guardan un conocimiento para ser compartido.

Se trabajó en el cerro López, el cerro Otto y en el cerro de los Leones con 33 personas, y en el lugar se produjeron fenómenos extraordinarios, como la formación de un evidente y sorprendente triángulo que envolvía la Luna, justo cuando se había trabajado en

triangulaciones de conexión con otros lugares. Se llegó a observar también cómo los juegos de sombras formaban una puerta en las montañas. Durante esa salida se trabajó mucho con meditaciones de todo tipo, y hasta con juegos que relajaran a los asistentes. Todo esto generó una serie de experiencias que fueron apreciadas por quienes se prepararon para ello, que incluyeron proyecciones y algún avistamiento. Pero el error que se cometió (yo también lo he cometido muchas veces) fue que, dando por hecho que los Guías iban a apoyar la salida, Mario, en un arranque de entusiasmo, no aisló al grupo protegiendo su intimidad para profundizar su trabajo y darle seriedad, sino que invitó a periodistas de un canal de Buenos Aires y de un canal local, los cuales sólo acudieron por el espectáculo, y de regreso a la capital, por su misma ignorancia hicieron mofa del trabajo desarrollado. Esto nos enseña que hay que hacer caso a los Guías, que ya habían recomendado en los mensajes de febrero de ese año recepcionados en Lima que no fuera gente de la prensa a esta actividad o a cualquier otra hasta que ellos lo consideraran oportuno, y que, ante cualquier duda, debemos consultar con ellos y hacerles caso en los detalles.

Precisamente, dicha comunicación decía lo siguiente:

... Aún no ha llegado el momento en que tengamos el encuentro definitivo en que estrechemos nuestras manos con toda la humanidad y sus medios de prensa estén allí para filmarlo, sin mayor interés que el de sellar el puente de unión entre los mundos. En este momento hay demasiada mezquindad y morbosidad, y no una sana intención. No se expongan al ridículo ni ser manipulados...

A pesar de los errores cometidos, estas personas también llegaron a vibrar en el amor, pues tuvieron intensas experiencias, y se produjeron cambios significativos en sus vidas, que es lo que fundamentalmente cuenta.

De regreso a Lima el 28, me puse a meditar enviando luz a Colombia, por cuanto en esos días (martes, 31) iba a tener lugar una gran huelga nacional armada, por lo que veríamos muy pronto de qué habían servido las cadenas de irradiación y positivización al país, realizadas con los grupos durante toda la reciente visita.

Al final, la huelga se realizó, pero a pesar de que hubo un muerto, veinticinco heridos y cientos de detenidos, con una hidroeléctrica capturada durante unas horas por la guerrilla – para un país convulso como Colombia–, fue menos de lo que se esperaba.

Ya en casa, mientras estaba comentándole el viaje a Marinita, recordé que poco antes de que me fuera de Bogotá la siempre querida Olguita me había mostrado lo que ella había grabado de la televisión. Tenía la entrevista que le realizaron primero en la RAI (Radio y Televisión Italiana) y luego para Televisa de México, al monseñor Conrado Balducci, cardenal católico, importante teólogo y amigo personal del papa, que declaraba que el fenómeno ovni es real, y que el Vaticano está convencido de que hay vida en el universo y de que cabe la posibilidad de que haya seres más avanzados que nos estén visitando desde tiempos inmemoriales. Este teólogo recordaba aquellas citas evangélicas que decían: «Tengo ovejas que no son de éste rebaño» (Juan, 10,16), y también «En la casa de mi padre

muchas moradas hay» (Juan, 14,2). El cardenal hacía énfasis en el valor del «testimonio humano»... No puede ser que, con tantos testigos que han visto ovnis en el mundo, nada de ello sea real.

Mientras me encontraba en Colombia, parte del grupo de Maranga, en Perú, se había preparado para dar cumplimiento a una invitación que a la vez era una labor encomendada por los Guías, y que había sido formulada en comunicación (mensaje del 25 de febrero de 1999) para viajar a la «colina del Halcón Sagrado» o también llamado «Vilcashuaman», en el departamento de Ayacucho, en la sierra sur, lugar muy especial por las hermosas y bien conservadas ruinas de la época inca, que incluyen hasta una pirámide escalonada de piedra. Los participantes fueron Nimer y Carmen Obregón, Juan y Silvia Maza, Elard y Cuckie Pastor y Miguel Morales. Ellos me contaron a mi regreso que partieron de Lima en autobús la noche del 26 de agosto, y que llegaron a las 7 de la mañana a la encantadora ciudad de Ayacucho, muy cansados y algo mareados, tras muchísimas horas de incomodidad por una ruta ascendente llena de curvas. Desde allí todavía tenían que conseguir otro vehículo para continuar hacia Vilcashuaman, en un viaje que suele durar cinco horas más. Al cabo de unas horas se consiguió el vehículo, después de muchos inconvenientes. pero resultó que éste no tenía amortiguación. Esto hizo que el trayecto fuera una experiencia tremendamente dura, pues el camino estaba lleno de piedras y hoyos, con muchas curvas y profundos precipicios.

Llegaron a Vilcas sobre las 10 de la noche, y el demoledor viaje había durado otras diez horas. Una vez ubicados en la población, se dieron cuenta de que, por suerte, las ruinas estaban a una cuadra de la plaza de Armas, y lo primero que destacaba contra la oscuridad del paisaje era la pirámide truncada. Miguel quiso entrar en ella, pero no le fue posible. Así, todos juntos fueron por un costado en dirección hacia una puerta trapezoidal. Delante había una explanada, y allí montaron su campamento. En el ambiente hacía un frío terrible, por lo que al abrigarse sentían que la ropa parecía sacada de un congelador. Pero a pesar de todo, pidieron permiso a las fuerzas guardianas del lugar, e hicieron su cúpula de protección y su meditación, recordando una comunicación que había recibido Silvia tiempo atrás que decía: «... deben acampar bajo el árbol de las flores amarillas.» Como era tarde, las sombras de la noche habían envuelto completamente el lugar, de tal manera que a duras penas se divisaban entre ellos. ¡Cómo iban a salir a buscar un arbolito a esas horas! Al día siguiente iniciarían la búsqueda. Así que, después de tomar algo caliente, todos se fueron a dormir. Con el amanecer del nuevo día se dieron cuenta de que se encontraban muy cerca del árbol de las flores amarillas; el único árbol con flores del lugar. Eso les hizo releer la comunicación y, para sorpresa del grupo, no sólo se cumplía, sino que también les decía que «éste estaba frente a la puerta lateral»... Esta situación marcaría todo el viaje como un común denominador, pues las comunicaciones que se recibieron se fueron validando según iban pasando las horas, hasta el día de la partida a Lima.

Por la mañana del viernes 27, debido al fuerte sol de cordillera, decidieron no trabajar y aprovechar para recorrer la población actual, construida sobre las ruinas de piedra de los

antiguos monumentos precolombinos. El lugar tenía una gran similitud con el antiguo Egipto por la presencia de decenas de puertas ciegas o simbólicas.

Mientras hacían su recorrido a pie por aquella típica localidad fueron apareciendo muchos niños que se les acercaban con curiosidad. Y, cuando se dieron cuenta, estaban rodeados por una excitadísima multitud de chiquillos que se agolpaban alrededor de tan peculiares turistas y los seguían a donde fueran. Hacia el mediodía, el grupo volvió al campamento escabulléndose de sus seguidores, iniciando a continuación los trabajos de preparación con mantralizaciones y meditación, esperando crear las condiciones idóneas para recibir nuevas pautas; pero esta vez, en el mismísimo lugar, para orientar de la mejor manera posible lo que sería el trabajo de la noche. Silvia recepcionó entonces algunas indicaciones acerca de cómo debían hacer una ceremonia que los llevara a activar ese centro de energía. Para tal fin, las tres personas que habían viajado con anterioridad al Paititi formarían un triángulo en el centro de la terraza superior de la pirámide, mientras que los otros cuatro estarían a su alrededor y se encargarían de irradiarlos, para ayudarlos así en la apertura. Durante el trabajo parecía que todos estaban conectados entre sí y con los maestros, pues cada uno iba canalizando información que se complementaba. Y así decidieron que cada uno apuntaría hacia un punto cardinal y a un sitio especial como Puno, Cuzco, Paititi y Egipto. Trabajaron durante toda la tarde, alternando con algunos breves descansos, y cada uno se encargó de dirigir alguna práctica, según lo sintiera.

Cuckie dirigió una visualización dirigida o proyección mental de todo el grupo hacia un cerro llamado Pillusho, que se encontraba detrás del campamento; cerro que les llamó la atención desde la mañana temprano por inspirar sensaciones muy particulares. Y sin haberlo pensado siquiera, nuevamente se cumplía otra parte de la comunicación que traían consigo, que decía: «... La Hermandad Blanca tiene muy cerca uno de sus centros ocultos donde antiguamente habitaban los Maestros y prestaban a los antiguos moradores andinos salud y conocimiento. Ese lugar aún se halla en las entrañas del gran cerro, que no es sólo simbólico, y representa la conexión que establezcan la señal de avance en su proceso de ascenso espiritual.» Y sin haberse percatado de este fragmento de la comunicación, hicieron el trabajo (luego lo confirmarían). Más tarde leyeron unos folletos que hablaban de Vilcashuaman, y allí encontraron que se nombraba a Pillusho como el lugar especial donde habitaban los Apus (espíritus guardianes de las montañas). Y con ello encontraron la explicación a las sensaciones percibidas desde un primer momento.

Todos estaban muy emocionados ante lo que sería el trabajo de la noche. Caída la tarde, se abrigaron bien y acordaron entre todos que fuera Nimer quien dirigiera el trabajo en lo alto de la pirámide. Quince minutos antes de empezar con la labor de irradiar, trataron de conectarse mentalmente y espiritualmente con todos los demás grupos que estaban en la distancia apoyando el viaje, luego subieron a la antigua estructura y elevaron una oración al cielo, encomendándose a Dios y pidiendo protección a las jerarquías superiores. Formando el triángulo estaba Silvia, Elard y Miguel; alrededor de ellos, los cuatro restantes: Cuckie, Carmen, Nimer y Juan, cada uno de estos últimos, orientado hacia un punto cardinal. Entonces empezaron las mantralizaciones de la palabra «Zin-uru» (llave de puertas

dimensionales), mientras que Nimer dirigía la apertura del centro de energía. En ese momento todos sintieron una fuerza y una emoción tremendas.

Como una interesante anécdota podríamos decir que, cuando iniciaron las vocalizaciones, los perros del poblado se volvieron como locos; ladraban y aullaban a más no poder, y sólo se callaron cuando se terminó el trabajo. Cuando sintieron que se había abierto ese centro magnético, los cuatro se giraron hacia afuera y, con la mano izquierda apuntando a la Tierra y la derecha hacia el frente (pauta que recibió Cuckie en el cerro Pillushu), siempre bajo la dirección de Nimer, comenzaron a mantralizar su nombre cósmico. Éste fue la pauta que le dieron a él, pues el nombre de cada uno sería la llave que les permitiría irradiar toda esa energía; en su momento lo hicieron con tal fuerza que hasta sentían que estaban gritando y, aun así, sonaba armonioso.

Durante los trabajos en la pirámide, Cuckie –que le tocó irradiar hacia Egipto–, sintió cómo dos seres situados detrás de ella le tocaban el hombro y con gran dulzura le decían que no se preocupara, que todo estaba bien y que empezara a mover su mano de un lado a otro, porque ellos la ayudarían a irradiar la energía; que confiara en ellos porque aquella noche tendrían una iniciación. Después, los demás confirmarían haber sentido también a esos dos seres.

Una vez terminada la irradiación, se giraron nuevamente, dando la cara los que formaban el triángulo, y en señal de agradecimiento mantralizaron la palabra OM; finalizaron con un sentido abrazo. Cuando se preguntó si alguien había recibido alguna pauta, Silvia dijo que las parejas presentes debían formar la estrella de seis puntas, y Miguel, que había acudido solo (porque no había ido su esposa, la muy querida y comprometida María), fue colocado en el centro. La energía que se compartió entonces fue extraordinaria, haciendo que más de uno cayera de rodillas, escuchando internamente una voz que les preguntaba si estarían dispuestos a asumir el compromiso que todo esto implica. Fueron momentos muy intensos y duros, porque eso del compromiso es algo muy serio e implica muchas cosas... Se sentía en el ambiente que el número de entidades proyectadas al lugar era muy grande. Minutos después, el trabajo terminaba definitivamente, habiéndose cumplido de la forma más natural y espontánea. Y una vez más, se corroboraron las comunicaciones cuando decían: «Cuando estén los siete en el lugar designado, sabrán que el objetivo se cumplió. Aunque les parezca muy sencillo, ya han aprendido que lo importante es estar en el lugar correcto, en la hora indicada y con las personas idóneas...»

El grupo descendió de la pirámide en dirección al campamento. Allí todos estaban deseosos de comentar la experiencia y confrontar las «coincidencias». Después cenaron y decidieron esperar la llegada del día 29, ya que también les habían dicho en los mensajes: «... el 28 es el día clave, y el 29, la ratificación.» Acostados en el suelo, contemplaron las estrellas, disfrutando de aquella comunidad mental que se había creado.

De día prepararon las cosas, levantaron el campamento temprano para coger el vehículo de regreso, pero antes aprovecharon para ir a conocer el Intiwatana o Reloj Solar, un pequeño complejo de ruinas al borde de un lago parecido a los Baños del Inca de varios otros lugares del Perú. En ese sitio, hacia el que se habían sentido atraídos, hicieron un

nuevo trabajo, sintiendo cómo desde allí también se canalizaba y luego se irradiaba una extraordinaria energía al país y al planeta.

El grupo volvió a Lima, adonde llegaron agotados por la pesadez de las distancias, pero conscientes de haber realizado aquello que se había solicitado, sintiendo y verificando en todo momento el apoyo de los Hermanos Mayores.

Como consecuencia de los cambios planetarios anunciados y profetizados tanto en los mensajes como en las diversas profecías, el día 7 de septiembre tuvo lugar un espantoso sismo en Grecia, que sólo duró diez segundos pero que originó increíbles destrozos. También hubo sismos en Taiwán y en México.

Los cambios seguirían siendo violentos en tanto que la humanidad no entendiera que posee un sinfín de capacidades dormidas para movilizar las fuerzas de la naturaleza y orientar los mismos cambios, pero primero en el interior de uno mismo. El grupo estaba haciendo su parte en este sentido, pero este trabajo debía generalizarse.

La humanidad aún no se ha dado cuenta de que las circunstancias de la vida la han colocado simbólicamente delante de un conjunto de espejos en una feria; algunos normales y otros deformados a propósito, en donde todos nos reflejamos y podemos aprender a reconocernos tal como somos, si ponemos la debida atención; o también podemos confundirnos con las distorsiones. Nuestra tarea es ahora distinguir las imágenes distorsionadas que abundan en la aventura de la existencia, provocando risa, pena o angustia, de las imágenes reales; aceptándonos como somos para así modificar lo que sea necesario rectificar en nuestras vidas. Éste es el tiempo del autoconocimiento, el tiempo del ser sinceros y honestos; éste es el tiempo de final de los tiempos, cuando habrá sólo un tiempo, que es el real y que depende de una apertura mental y de darse cuenta de que tenemos una misión individual y otra colectiva que, a la vez, son inseparables, pues conociendo la primera y realizándola damos cumplimiento a la otra.

Nunca antes como ahora, el futuro de la humanidad depende tanto del compromiso que cada uno esté dispuesto a asumir en su aventura personal. Y qué mejor oportunidad ésta, la de un fin de un ciclo cósmico, para cambiar y generar grandes cambios a nuestro alrededor. Por ello, no desaprovechemos la ocasión y pongamos nuestros potenciales en acción.

* * * * *